

Manos y hermanos que se abren al mundo

Rebeca Monroy Nasr*

Carlos Martínez Assad, *Libaneses. Hechos e imaginario de los inmigrantes en México*, México, IIS-UNAM, 2022, 488 pp.

Un libro de grandes alcances para los estudiosos de las migraciones, y más allá, justo para los propios de la comunidad. Un libro que descifra y pone en la mesa lo que es ser libanés, las diferencias con el ser árabe —algo en lo que se enfatiza a lo largo del texto—, los antecedentes fenicios y un orgullo que se trasmina en cada letra de las 488 páginas.

Iniciaré por leer la portada del libro, esa imagen que viene descrita en la solapa de manera cla-

ra sobre un mural de Roura Abdo, pintado en las bardas que protegen el centro de Beirut, producto de las protestas sociales del otoño de 2017. Inolvidables momentos si recordamos, sobre todo, a las mujeres libanesas en esos enfrentamientos y su fuerte ímpetu, su energía, su deseo de transformación con banderas en mano, gritos incansables; ahí estaban y están con los deseos de un Líbano mejor. Y así, esas manos pintadas llenas de fuerza que abren al mundo al Líbano, muestras del deseo desesperado porque sea reconocido, por dejar atrás ese mundo cerrado y encontrarse frente a los otros; las pintas las acompañan letras en árabe, en inglés, y su fuerza, nos embulle, nos tira al deseo de penetrar y develar lo que ahí se resguarda, que no es más que vida y trabajo, deseo de democracia, de bienestar, de salud, de igualdad.

Eso que se encierra justamente se devela al abrir el libro, y queda al descubierto lo que podemos ver en México en las letras del Dr. Martínez Assad, con esa migración en diversas etapas y lo que les sucedió como comunidad en el mundo, una vez que transgredieron las fronteras en búsqueda de una vida mejor. Así es, son manos y hermanos que se abren al mundo y este libro de *Libaneses...* nos permite advertirlos en su clara dimensión. Escrito por uno de los más importantes estudiosos de su historia política, social, cultural, de su devenir, desarrollo y de sus migraciones. Pero sobre todo, este libro recoge la parte sensible de su estancia en México, no sólo sobre cómo y por qué llegaron, de las causas, de sus múltiples motivos, de sus presencias en las regiones, sino de su sentir, su hacer, ver, escribir, comer y vivir.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Me parece que nadie mejor que el estudioso Carlos Martínez Assad para escribir un libro de este *kilogramaje*, pletórico de información de primera mano que hoy cobra una presencia nítida ante los documentos contundentes que lo forman y la estructura que lo construye. Me permito señalar que no es nada fácil el manejo de toda esta información que nos presenta, pues es evidente que ha sido buscada, recolectada y analizada por varias décadas; nada fácil recuperar toda esta memoria oral y escrita, cartas, expedientes ocultos o de espías, carpetas y subcarpetas, las revistas publicadas por los miembros de la colonia, censos, junto con la historia oral, además de los libros sobre el tema, fotografías familiares, recetarios, entre muchos otros más.

Es por lo que me parece que ha sido una investigación de largo aliento, que además entreteje los recuerdos del autor, sus propias vivencias y nociones de los eventos confirmados o no por esos documentos, historias y otros medios instrumentales para sustentarlos.

Debo señalar que en mi caso así sucedió, y a reserva de parecer muy personal “mi pienso” —como decía Lola Pla—, quiero hablar de la experiencia de leer un texto tan bien armado alrededor de los recuerdos que tengo... Ahí está cada palabra, imagen, sensación de un abuelo que no conocí porque murió un 10 de mayo de 1954. Y el aroma que quedó de su vida y de su obra se rescata en cada tanto en las páginas de este libro: su forma de ser, interactuar, trabajar, casarse con mexicana, casar a sus hijas en matrimonios mixtos —

decir con mexicanos y no libaneses—, formarlas académicamente al darles carrera a cada una en el magisterio y dejar un patrimonio cultural muy importante y trascendente, a diferencia del económico, que no lo hubo. Su aportación mayor fue el *Directorio libanés. Censo general de las colonias libanesa, palestina, siria. Residentes de la República Mexicana*, publicado en 1948, levantado durante ocho años recorriendo todo el país, casa por casa, pueblo y ciudad en donde hubiese un paisano.

Aquí encontré la historia del pueblo libanés, de sus múltiples vericuetos con el Imperio otomano, de sus días de tormenta, de un grupo que está ligado indiscutiblemente a la religión y que eso genera también su división interna, su política, sus avatares incluso fuera de su tierra. La formación social no sólo de clases y género, sino de religiones que ha intervenido desde hace siglos y lo ha determinado como a muchos otros pueblos del levante: Israel, Jordania, Líbano, Siria y los territorios palestinos. Aquí la comprensión de por qué se le llamaba turcos a su llegada a México a fines del siglo XIX y a principios del XX, ya que sus papeles, pasaportes, venían con ese sello, marcados por cuatro siglos de dominación, pues desde 1516, la montaña libanesa formó parte del Imperio otomano, llamado también la Sublime Puerta o Gran Puerta, como lo señala el autor (pp. 24-25). Es así como se devela una parte adicional de la vida cotidiana, cuando nos comentaban que a mi madre y a sus hermanas las llamaban “las turcas”, es decir, los jóvenes que buscaban con-

quistarlas de amores las buscaban para ver a esas guapas mujeres que venían de Tuxpan, Veracruz, y que llegaron a la Ciudad de México en 1944.

Leo en estas páginas una historia compleja llena de condiciones políticas y sociales, un mundo encaramado entre el Imperio otomano, la presencia de los musulmanes entre una población eminentemente católica maronita, como señala el autor, complejidades ante un mundo interior con chiitas, drusos, y diversas multiplicidades religiosas de la zona que además han ido ingresando a los territorios libaneses. Un mundo que vivió bajo la bota turca y que ha vivido guerra tras guerra. Habla en la historia de este pueblo del *mito* el Dr. Martínez Assad y yo pensaba en el de mi abuelo y su migración, cuando se decía que su padre —o sea mi bisabuelo, en árabe conocido como *baʿY Yiddi*— había muerto por envenenamiento de la comida que les dieron los turcos, que explica muy bien el autor en las páginas correspondientes: “Los habitantes del Monte Líbano fueron sometidos a una hambruna organizada y a otras múltiples humillaciones y malos tratos [y, en el extremo que] Los otomanos deseaban eliminar al pueblo cristiano del Líbano [...]” (p. 42). Elemento que se ha expandido en las versiones familiares y de las que el investigador cuestiona también en su complejidad.

Desde ahí la historia es clara, dura para los paisanos, pero era contada sin rencor ni desprecio. Sólo una historia, otras más míticas tal vez: que hizo su primer negocio con sus agujetas, llegó y

las vendió en el Puerto de Veracruz y a partir de ahí inició un capital que poco a poco hizo crecer. En esos días Jalil fue enviado a Puebla adonde ya le tenían “mujer elegida”, pero se regresó a Veracruz soltero para irse a Tuxpan, en donde otro de los estudiantes por el Dr. Martínez Assad lo recibió y le dio trabajo, el gran y conocido don Domingo Kuri. Por su parte, el señor Elías Nasr recibió al joven Jalil en Tuxpan en su tienda *El Porvenir* (p. 148), y con ello le dio sustento a su familia que crecía una vez casado en el año de 1919 con Aurelia Rodríguez de Nasr, con el pesar de la muerte de su primogénito por difteria a los cinco años de edad —lo cual marcó a toda la familia de manera irremplazable—. La familia creció y continuó hasta tener cinco más: la menor de todos ellos fue Zuraya Nasr, mi madre. Ahí se puede ver la foto en donde están mostrando la unidad familiar de los Nasr Rodríguez (ca. 1933), en esos años de feliz vida tuxpeña antes de emigrar en 1944 a la Ciudad de México (p. 224).

Y las historias siguen, porque el recorrido histórico del Dr. Martínez Assad no sólo es en un hilo de la historia, sino es también la multiplicidad de elementos que intervienen, lo complejo que le permite volverse tridimensional, y así va elaborando por periodo, por tema, por personaje, por fuente, su estructura libresca. La presencia de personajes como Domingo Kuri, que recibió a los paisanos; Julián Slim que dejó una estela de fuego en la economía ahora con sus hijos, y de Dib Morillo, un personaje ejemplar, jun-

to con apellidos como los de José y Antonio Domit, los Chartouni, Haddad, Helu, Ahued, o bien, el conocido empresario Negib Simon, quien construyó la Plaza México y lo que después sería el Estadio Azul. Entre muchos otros más, son importantes porque han resonado muchos años en la colonia por sus contribuciones al país.

Al abordar la migración primigenia, develando quién llegó primero según las fuentes y denotando dudas sobre el personaje que pisó tierra mexicana, podemos ver como transcurren en el devenir del tiempo y llegada la revuelta armada y coincidentemente con condiciones cada vez más terribles. En el Líbano se venían para “las Américas” y cómo llegaban, cuánto duraba el trayecto y lo que tenían que padecer en esos dos meses de transporte marítimo, incluso un cambio de nombre al llegar acá y no poder transliterar sus sonidos adecuadamente, y muchos acabaron con nombres y apellidos muy ajenos al propio, pero llegaron a tierra firme con posibilidades de trabajo, crecer o traer a su familia y vivir un curso de vida sin violencia política, económica o religiosa.

Una virtud del libro es que en ese recorrido histórico temático nos va presentando las formas de trabajo, de religión, de sobrellevarse con los distintos grupos de Levante, con sirios, palestinos, armenios y judíos. Así como cruzaron sus intereses y muchas veces los sobrellevaron para poder establecer un mejor convivio o simplemente un mejor comercio. Ahí en la calle de Correo Mayor vivían, convivían y se ayudaban mutua-

mente. El tío Pablo (Bulos) Nasr, hermano de Julián, ahí tuvo su bonetería y vivía muy cerca en unos departamentos que les dieron las posibilidades de crecer y convertirse en un exitoso empresario. Él recordaba la labor que hacían y cómo se ayudaban mutuamente entre ellos, todos migrantes y todos luchando por salir adelante con sus familias.

Impactante es la parte de aquellos que exigían en la posrevolución el pago de los daños a sus comercios, principalmente; los expedientes de los reclamos que analizó el autor a fondo, en donde podemos ver que ninguno, pero ninguno tuvo resolutive positivo. Todos desechados por el agente mexicano Aquiles Elorduy, el hombre duro del gobierno con línea, que impidió que cualquier reclamo tuviera viabilidad, haciéndonos ver la cerrazón de las autoridades ante la solicitud. Apoyados muchas veces por el gobierno francés, fueron definitivamente rechazados por no poderse demostrar, según él, que “eran protegidos franceses” y de ser “sirios libaneses”, o bien, de que cuando eran atacados y saqueados por los villistas, pues se encontraban fuera de la ley, en fin, entrando en una serie de contradicciones que su fin último era no pagarles a los comerciantes saqueados. Es ahí cuando advierto por completo ese filón del Dr. Martínez Assad: ahí vemos la historia regional o la historia patria, en toda su proximidad, porque son expedientes que se analizan de diversos sectores del país, conocidos como “pleitos rateros” que llegaron a durar hasta 30 años sin solución alguna (pp. 159-222).

Un episodio muy interesante que narra el autor es la parte de aquellos que estaban condenados por espionaje, por ser malandrines, que estafaban o mentían ya fuera monetaria o emocionalmente, al igual que los que se hacían pasar por curas o los que prometían cosas que no cumplían e, incluso, los hubo disidentes. Los que robaban descaradamente, muy apasionante las páginas de “Los vicios y virtudes de los inmigrantes levantinos”, porque no está cegada la historia sólo a los “buenos” de manera maniquea, sino que también se visibilizan a aquellos que desprestigiaban a la comunidad (pp. 263-299).

Atractiva también la parte que se va tejiendo sobre cómo desean generar confianza entre la población con sus mercancías, sus servicios, sus tiendas, la comida y gran número de elementos que parecen ejercer el afán de mostrar lo trabajadores que son, los más confiables para ofrecer buenos precios y tener excelentes mercancías.

Por cierto, en la comida veo el nombre de la señora Rosa viuda de Canan, mejor conocida por Doña Rosa, que trabajaba en el Hotel El Cairo, que fue de Jorge Assam, por cierto, padre de Enrique Díaz Reina, el fotógrafo que en su cara llevaba la penitencia de ser absolutamente libanés... y que no fue reconocido por su padre a fines del siglo XIX y pasó su vida buscando un reconocimiento y un prestigio de fotoperiodista que, incluso, trabajó para las colonias española, judía y libanesa. En fin, reencontrar a Doña Rosa en estas páginas me trajo enormes recuerdos de su cocina, el hotel, la comida; ella quien

fuese mi tía política, tuvo hijos e hijas maravillosas, todos trabajadores incansables. En el caso de las tías Char y Mina Canan, hasta el último día de sus vidas atendieron su tienda en la calle de Regina, siempre sonrisa en boca, alegres y muy amables con sus trabajadores, clientes y amigos; admiraba yo su tesón y esfuerzo continuo. Además, ellas fueron las que me dieron varias recetas de comida árabe y sobre todo los ingredientes esenciales para que las cosas salieran con sabor al Líbano.

La identidad, elementos que en algún momento los hijos o nietos de migrantes hemos tenido en consideración cobra gran vigencia, en lenguaje coloquial: no se es turco, no se es árabe, se es libanés y en eso pone muy fuerte al acento el investigador. Para ello se va tocando el tema del idioma, que parece cohesionar, pero que ya muchos olvidaron, aunque otros tercicos que somos, estamos ahí aprendiendo año por año un idioma tan originario que cuenta con letras solares y lunares, basado en la agricultura y que además tiene sintonía para el singular, el plural y el dual, como es la naturaleza del sol y la luna, entre otras muchas otras formas y complejidades. Hoy en el Centro Libanés se imparten clases desde principiantes hasta el nivel 10°, gracias a la labor realizada por el profesor Nabih Chartouni, que ha instituido un método propio y sus libros para aprender el árabe coloquial, que cada vez se afina más con un diccionario con cinco mil entradas en árabe y en español. Los cursos han sido impartidos por el profesor Chartouni y además por Juliette Kuri, Rodna Estefan,

Christian Kourie, Paul Moubarak, quienes imparten desde hace años estos cursos desde el Centro Libanés, Unidad Hermes.

Es así como se reafirma la fuerza inaudita de la *libanidad* en el trabajo creativo, forjador e incansable; el gusto por la comida, por cierta música, de las fronteras del pensamiento, pero sobre todo da consuelo ver que una gran mayoría de los escritores, artistas, pintores, escultores y actores de origen libanés han optado por una búsqueda y rescate de lo mexicano. El arraigo es notable y en el texto de Martínez Assad se hace explícito. En aquellos dedicados al arte, cine, música, y a toda clase de manifestaciones científicas, intelectuales y artísticas está presente ese deseo de integración. Baste señalar al director teatral Héctor Azar, el director de cine Miguel Zacarías, el músico Carlos Jiménez Mabarak y el poeta Jaime Sabines; los actores Eonora Amar, Esperanza Issa Abud, mejor conocida como “la Gacela del cine”; Gaspar Henaine, es decir, *Capulina*; Mauricio Garcés; Zulma Faiad; Antonio de Hud; mejor aún los nombres conocidos de los hermanos Odiseo, Demián y Bruno Bichir; la bella Salma Hayek, y José María Yazpik, entre muchos otros que han dotado al mundo de su talento. Y destacados fotodocumentalistas, como Tufic Makhoul, René Cardona Jr. y Zacarías. Músicos como El Güero Gil, Chucho Martínez Gil (Bojalil), Astrid Haddad, Susana Harp, Nayeli Nesme, Juliette Kuri, el pianista Mauricio Nader. Debo mencionar al fotógrafo de las estrellas, el conocido Tufic Yazbek, que ha hecho historia.

Y en ello también participa el largo listado de personajes de la política que menciona, desde aquellos que acompañaron a Zapata hasta los diputados, senadores, presidentes municipales, gobernadores, entre muchos otros, que han estado por ahí en la política nacional. Trabajo de largo aliento al considerarlo a cada uno en tiempo, forma y gestión.

Veo en cada espacio de este libro al propio Dr. Martínez Assad, a su labor como sociólogo, como historiador, como personaje interesado en el cine, la fotografía, la cultura, la arquitectura colonial, en sus diversos estudios de Medio Oriente, pero igual en la microhistoria o la historia regional, en su deseo de transformar y mover al mundo hacia otra mirada, a otro lugar; por ello, considero que este libro es el más suyo que he visto, porque incluso su faceta de novelista está ahí, en la parte de los espías y contraespías, que puede ejercer un diálogo con ellos claramente. Y con su arraigo a lo libanés, la *libanisidad*, lo mexicano, lo nacional, internacional y cosmopo-

lita, por supuesto a los estudios de las migraciones, del Medio Oriente, de su comprensión de lo judío, lo musulmán, lo chiíta, lo druso. En su complejidad más dura de la 4ª dimensión, ahí está el estudioso de los movimientos actuales con el cierre que le da a su libro con la guerra del verano del 2006, cuando se enfrentó el ejército israelí con Hezbolá, reto de treinta días costoso para la población en Beirut.

Para el autor, esos jóvenes herederos libaneses tienen: “Y de manera privilegiada todos llevan consigo el Líbano mitificado, heredado por los abuelos y los padres”, y en ello me veo con mi familia, sus mitos, al abuelo o *Yiddi* en su revista *Gemas de Líbano* (1950-1954), aprendo de sus amigos y sus revistas bilingües o en español desde la imprenta que estaba en el pasaje Yucatán —entendiendo sus tiempos ahora como parte de su devenir—, de la zona de labores en Regina, Correo Mayor y el Centro, de ellos erigidos como comunidad. Abiertos al mundo a México, a un país generoso que los recibió y él lo agradeció; a la letra, mi abue-

lo señaló en algún momento en su revista: “*Gemas del Líbano* es una revista que tiene la misión de recoger las palpitations de la Colonia Libanesa de México [...] Y constituirse en portavoz en todo aquello que los atañe [...] como parte integrante de una sociedad que se esfuerza por forjar una patria que también es la suya”.¹

Y creo que para Carlos Martínez Assad también este gran libro de nuestro pasado-presente es su manera de agradecer que este país nos/los recibiera, nos/les diera cobijo comida, y sobre todo futuro. Y aquí estamos en ese futuro hoy presente que esperaban nuestros ancestros, haciendo lo posible para el futuro de nuestros hijos que no sabemos si entenderán las inmensas razones que nos mueven y conmueven para seguir colaborando por un mundo mejor. Este libro es justo eso, la prueba clara de ese mañana sin olvidar el ayer que nos gestó, agradeciendo el presente lleno de posibilidades, de manos y hermanos por construir enredadas brechas o grandes caminos por andar.

¹ Julián Nasr, “Editorial”, en *Gemas de Líbano*, 29 de junio de 1951.